

## *La segunda más grande historia jamás contada*

---

En 1965, una compañía cinematográfica produjo un filme sobre la vida de Cristo, al cual se le dio el título de «*La más grande historia jamás contada*». Ésta comienza con el nacimiento de Cristo, presenta Su ministerio terrenal, el rechazo que sufrió, Su crucifixión, sepultura y resurrección. Aunque la producción de la película no fue fiel al relato divino de la Biblia en su representación de Jesús, su título nos recuerda que la verdadera vida de Cristo constituye la más grande historia jamás contada.

Si el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús constituyen la más grande historia jamás contada, ¿cuál será, entonces, la segunda más grande historia jamás contada? La respuesta resulta obvia cuando uno lee el libro de Hechos, en el Nuevo Testamento: La segunda más grande historia jamás contada es la historia del establecimiento de la iglesia de nuestro Señor.

La historia de la llegada del reino de Dios, la iglesia, tal como se esperaría, está llena de gran aventura y emoción que cautiva. Un capítulo de Hechos —el capítulo 2— relata el drama.

Repasemos este capítulo de Hechos como si fuera un

libro entero, o una historia completa. Esto nos permitirá dividir la historia en sus partes inspiradoras y obligadas. Cada capítulo del libro titulado *La segunda más grande historia jamás contada* presentará una fase emocionante de la historia del establecimiento de la iglesia.

### **CAPÍTULO UNO: «EL DIVINO DERRAMAMIENTO»**

Al comenzar la lectura del libro, lo abrimos en el primer capítulo, cuyo título es «El divino derramamiento».

Esto fue lo que Lucas, el escritor de Hechos, dijo: «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos» (Hechos 2.1). Por lo tanto, el escenario de los eventos es la histórica ciudad de Jerusalén en el día de Pentecostés. Isaías (Isaías 2.2–4) y Miqueas (Miqueas 4.1–3) habían señalado, proféticamente, a Jerusalén como el lugar del cual la ley del Señor saldría al comienzo de la era llamada «los días postreros». Pentecostés era una fiesta del Antiguo Testamento en la que se celebraba la cosecha del grano (Éxodo 23.16). Varones judíos con sus familias, provenientes de todos los rincones del imperio romano, habían venido a Jerusalén para celebrar este importante festival antiguotestamentario.

Estando el día de Pentecostés en su pleno apogeo, esto es lo que Lucas relata:

Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hechos 2.2–4).

Los apóstoles fueron los únicos que recibieron el derramamiento del Espíritu Santo. Esto es algo que

Hechos 2, y el contexto que conduce a este capítulo, dejan claro. En primer lugar, el pronombre implícito «ellos», de Hechos 2.1, se refiere a «los once apóstoles» que se mencionan en Hechos 1.26.<sup>1</sup> Los apóstoles fueron el centro de la atención, según cuenta el resto de la historia. En segundo lugar, el relato acerca de la venida del Espíritu Santo (Hechos 2.1–21) no indica, en ningún otro lugar, que alguien que no fuera apóstol, recibiera el bautismo del Espíritu Santo. La multitud que presenció el hecho de que los apóstoles hablaban en diferentes lenguas mediante el Espíritu, reconocieron y refirieron que los que hablaban eran únicamente los apóstoles (Hechos 2.7).

Durante los tres años anteriores a este derramamiento, se habían hecho varias promesas, en diferentes circunstancias, a los apóstoles, acerca de la manera como Cristo los bautizaría un día con el Espíritu Santo. Al comienzo del ministerio de Cristo, Juan el Bautista dijo: «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mateo 3.11). Momentos antes de Su ascensión, Cristo les dijo también: «Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1.5). Las palabras con que Cristo se despidió de Sus apóstoles, en el momento de Su ascensión, les instruyeron en el sentido de esperar en Jerusalén hasta que recibirían la promesa del Padre y serían investidos de poder de lo alto (Lucas 24.46–49; Hechos 1.4). Ahora, con este derramamiento divino del Espíritu Santo ocurrido en la mañana del día de Pentecostés, se cumplían todas las promesas del Señor

---

<sup>1</sup> N. del T.: Es obvio que este pronombre también incluye a Matías, quien para entonces ya era «contado con los once».

respecto a la venida del Espíritu sobre los apóstoles.

Cuando el Espíritu Santo fue derramado desde el cielo, se oyó algo: «[...] vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, [...]» (Hechos 2.2). También se vio algo: «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos» (Hechos 2.3). También se percibió algo: La gente supo que se había producido la venida del Espíritu cuando vieron a los apóstoles hablando en lenguas, o lenguajes, según el Espíritu les facultaba. No podía haber duda de que los apóstoles estaban hablando en lenguajes humanos, los lenguajes de la gente que habían oído el sonido como de viento, y que se habían reunido para ver lo que estaba sucediendo. Cuando la gente se refirió a lo que oían hablar a los apóstoles, usaron las palabras griegas: *dialektos* (Hechos 2.6, 8) y *glossais* (Hechos 2.11), las cuales son traducidas por «lengua» o «lenguas».

Los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para tres propósitos divinos. En primer lugar, fueron bautizados para recibir inspiración. El Espíritu Santo los inspiró de modo tal que pudieron dar la revelación de Dios para el mundo. Esto es lo que Cristo les había prometido a los apóstoles: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26). Ahora, mediante la venida del Espíritu, esta promesa de ser inspirados que Cristo les había hecho a Sus apóstoles, se cumplía.

En segundo lugar, fueron bautizados con el Espíritu Santo para confirmar que el mensaje que predicaban era de Dios. Fueron facultados por el Espíritu Santo para obrar milagros, señales y maravillas, con los cuales confirmar o probar los mensajes que predicaron. Esto es lo que Cristo les había prometido: «Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera

demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán» (Marcos 16.17–18). Esta promesa se cumplió mediante el Espíritu cuando los apóstoles obraron milagros para confirmar que eran hombres enviados por Dios. Una ilustración del cumplimiento de ésta, se ve en Hechos 14.3: «Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios».

En tercer lugar, los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para que pudieran imponer sus manos sobre otros cristianos y así otorgarles dones milagrosos a éstos. Un ejemplo de esta transmisión de poder se consigna en Hechos 8.14–24: Pedro y Juan, dos apóstoles, fueron enviados de Jerusalén a Samaria para orar por los nuevos convertidos que se habían acercado a Cristo mediante las prédicas de Felipe, para imponerles a éstos las manos, y así impartirles los dones milagrosos del Espíritu Santo.

¿Qué significado tiene esta primera parte de la «segunda más grande historia jamás contada» para usted y para mí? Significa que la revelación que se encuentra en el Nuevo Testamento nos fue dada por medio de hombres inspirados. Podemos confiar en que el mensaje del Nuevo Testamento es preciso e infalible. Dios facultó a Sus apóstoles mediante el bautismo con el Espíritu Santo; y ellos, a su vez, mediante la imposición de sus manos, impartieron dones milagrosos del Espíritu Santo a otros cristianos. Así que, todos los escritores del Nuevo Testamento fueron hombres inspirados y guiados por el Espíritu Santo. Podemos creer con fiabilidad, en que el Nuevo Testamento es la revelación de Dios al hombre.

## CAPÍTULO DOS: «EL DINÁMICO SERMÓN»

El capítulo dos, de *La segunda más grande historia jamás contada*, se titula «El dinámico sermón». El día que la iglesia se estableció, fue un día de predicación. Al comienzo, aparentemente, todos los apóstoles hablaron a los diferentes grupos nacionales en sus respectivos lenguajes o dialectos, declarándoles «las maravillas de Dios» (Hechos 2.11). Luego Pedro se puso de pie con los once y presentó un detallado sermón hablando, tal vez, en griego, el lenguaje universal de aquellos tiempos, proclamando que Jesús era tanto el Señor, como el Cristo (Hechos 2.14).

La gente que se habían reunido, a causa del estruendo del recio viento, eran todos judíos; constituían una audiencia de inusual potencial para esta primera prédica del evangelio. Tenían potencial intelectual. Creían en Dios y conocían bien las Escrituras del Antiguo Testamento. Estaban mentalmente preparados para la recepción del mensaje del evangelio. También, tenían la oportunidad de llevar el mensaje de Cristo a muchas naciones. Habían venido de todos los rincones del Imperio Romano. Era la oportunidad para una inmediata propagación del cristianismo por medio de esta gente que recibiría el evangelio y luego retornaría a sus lugares de origen con él.

Lucas nos provee, mediante la inspiración, un resumen del sermón que Pedro predicó (Hechos 2.14–36). Esta vital mirada al sermón de Pedro puede bosquejarse de dos o tres diferentes maneras; pero bosquejémoslo según los elementos formales de un discurso típico, echando una mirada a su introducción, desarrollo y conclusión.

Pedro comenzó el sermón poniéndose en el lugar en el que su audiencia se encontraba. Algunos de los presentes habían dicho en tono de burla: «Están llenos

de mosto» (Hechos 2.13). A los predicadores del evangelio les puede ir bien aun careciendo de muchas cosas, pero si hay algo de lo cual no pueden carecer, es de una buena reputación. Cualquiera predicador que no tenga un carácter de confiar, y una reputación confiable, está destinado al fracaso aun antes de abrir su boca para hablar. No le van a creer, ni lo van a respetar, no importa cuán elocuente sea su presentación del evangelio.

No debe sorprender, entonces, que Pedro comenzó su sermón con una respuesta a la acusación que se le había lanzado a los apóstoles. Respondió al malentendido que se tenían de lo que estaba sucediendo, con dos explicaciones: En primer lugar, explicó lo que no era. Apeló al sentido común de ellos. Les dijo: «Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día» (Hechos 2.15). En otras palabras, les dijo que la explicación de este fenómeno no se podía hallar en la ebriedad de ellos, «pues ningún judío normal se intoxicaría tan temprano por la mañana de un día tan importante como Pentecostés. El sentido común ha de decirles que no estamos ebrios». En segundo lugar, Pedro explicó lo que sí era. Apeló a las Escrituras cuando dijo: «Más esto es lo dicho por el profeta Joel» (Hechos 2.16). Luego procedió a citar de Joel 2.28–32 (Hechos 2.17–21). Así que, no puede haber duda de que el derramamiento del Espíritu Santo es, por lo menos en parte, el cumplimiento de la profecía de Joel respecto al comienzo de la era llamada «los postreros días». Tenemos la palabra de Pedro afirmándolo así. Sus palabras cuando dice «esto es lo dicho por el profeta Joel», deben ser consideradas como una respuesta definitiva y final a esta cuestión.

Este derramamiento del Espíritu dio comienzo a la era de «los postreros días». Cuando los apóstoles fueron facultados por el bautismo del Espíritu Santo, la era milagrosa del comienzo de la iglesia se había inaugurado.

Posteriormente, como se relata en Hechos, los apóstoles imponían las manos sobre otros cristianos, y así los hijos y las hijas profetizaban, los jóvenes veían visiones, los ancianos soñaban sueños, y los siervos y las siervas profetizaban (Hechos 6.6; 8.4–8, 14–24; 21.8–9). Este derramamiento sobre los apóstoles constituyó la fuente que produjo la corriente de milagros de los primeros días del cristianismo. Dios usó los dones milagrosos del Espíritu, que fueron impartidos mediante la imposición de las manos de los apóstoles, para la guía de la joven iglesia, mientras aparecía el Nuevo Testamento en forma escrita. Una vez que apareció el Nuevo Testamento en forma escrita, y murieron los apóstoles y aquellos sobre los cuales habían impuesto sus manos, terminó el comienzo milagroso y dio comienzo la edad del Espíritu, en la que Éste guía a la iglesia mediante la Palabra escrita.

De modo que la introducción de Pedro sirvió para señalarle a la multitud lo que el evento no era y lo que sí era. Apeló al sentido común de ellos, y apeló a la Escritura. Llevó a su audiencia del lugar donde se encontraban, al lugar en el que estarían preparados para considerar la prueba de que Jesús era el Mesías.

El cuerpo del sermón de Pedro consiste en una presentación de diferentes argumentos para creer que Jesús es el Cristo. Si a usted se le pidiera ponerse de pie ante una asamblea de miles de personas a presentar argumentos probatorios de que Jesús es el Cristo, ¿Qué argumentos presentaría? Veamos los que Pedro presentó y comparemos nuestra lista con la de él.

Una vez eliminada la repetición, se nota que Pedro presentó y explicó cinco líneas de argumentación. En primer lugar, presentó el argumento de *los milagros de Cristo*. Esto fue lo que dijo: «Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por



medio de él, como vosotros mismos sabéis [...]» (Hechos 2.22). Fue el testimonio de los milagros lo que convenció a Nicodemo de que Cristo había venido de Dios. Durante su entrevista nocturna con Cristo, Nicodemo dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer esas señales que tú haces, si no está Dios con él» (Juan 3.2). Si una fuente de información completamente fidedigna, un documento evidentemente confiable, nos declarara que Jesús obró verdaderos milagros, nos veríamos forzados por ese testimonio, a responder a los milagros de Cristo, de la misma forma que Nicodemo lo hizo —nos veríamos obligados a creer que Él vino de Dios. La palabra de Dios, la Biblia, la fuente de información más confiable que existe sobre la tierra, da testimonio de que Cristo obró verdaderos milagros. Esta prueba puede apuntar solamente a una conclusión: Cristo estaba «aprobado» por Dios, estaba confirmado como Hijo de Dios por los milagros que obró. Pedro le recordó a su audiencia acerca de los milagros de Cristo e hizo un llamado a que se aceptara la conclusión lógica que tal prueba exige.

En segundo lugar, Pedro presentó a su audiencia el argumento de *la resurrección*. Esto fue lo que dijo:

A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella (Hechos 2.23–24).

La resurrección era una parte importante de todas las prédicas de los apóstoles. Era un argumento que los judíos no podían contradecir. La resurrección hizo cobardes de hombres que eran valientes, y valientes de hombres que eran cobardes. Los judíos, que valientemente clamaron ante Pilato: «¡Crucifícalo!» (Mateo 27.22), se vieron abatidos por el temor ante la

verdad de la tumba vacía. Pedro, quien lleno de miedo, dijo: «No conozco al hombre» (Mateo 26.72), estaba ahora predicando, valientemente la resurrección de Cristo ante una vasta asamblea, a corta distancia de la tumba vacía.

La resurrección provee prueba concluyente de que Jesucristo es el Hijo de Dios. La única manera de que alguien pueda negar la deidad de Cristo es negando Su resurrección de entre los muertos. La resurrección coloca al cristianismo en una categoría por sí sola. El cristianismo es la única del mundo de las religiones, cuyo fundador se levantó de entre los muertos. Ello confirma Sus afirmaciones, autentica Sus promesas y le da validez a Su religión.

En tercer lugar, Pedro propuso el argumento de *la prueba profética*. Citó, de Salmos 16.8–11, una profecía que anunciaba la resurrección de Cristo:

Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia (Hechos 2.25b–28).

David habló en primera persona en su profecía. Visto superficialmente, parecería que estaba hablando de sí mismo. Pedro demostró que David no podía haber estado hablando de sí mismo, mediante el señalamiento de dos hechos. En primer lugar, se refirió a la muerte de David. Dijo que David, quien había profetizado lo anterior, había muerto y había sido sepultado y todavía se encontraba en su tumba. Como prueba de ello señaló la tumba de David, la cual estaba localizada allí mismo, en Jerusalén, para que todos la vieran (Hechos 2.29). En segundo lugar, les recordó de la promesa de Dios hecha

a David (Hechos 2.30). Dios le había prometido a David, que uno de sus descendientes con el tiempo vendría y ocuparía su trono (2 Samuel 7.12). Esta promesa, dijo Pedro, se cumplía en Cristo, pues Dios había levantado a Éste de entre los muertos (Hechos 2.31), y lo había sentado a Su diestra sobre un trono espiritual. Jesús vino al mundo por medio del linaje de David y ahora se sienta sobre un trono espiritual, a la diestra de Dios, en los cielos, y reina, como Rey que es, sobre Su reino terrenal, que es la iglesia.

Pedro presentó un argumento similar partiendo de una profecía de Salmos 110.1, al final de su sermón (Hechos 2.34–35). Sus referencias a la profecía (Salmos 16.8–11; 110.1) probaban que Aquel que había sido enviado por Dios, habría de ser resucitado de entre los muertos y también exaltado, para estar a la diestra de Dios. Con Su resurrección y exaltación, Jesús había cumplido, claramente, las dos anteriores profecías del Antiguo Testamento.

En cuarto lugar, Pedro echó mano de *la prueba de testigos*. Esto fue lo que dijo: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hechos 2.32). Los judíos tenían que reconocer que la profecía, a la cual Pedro se había referido, anunciaba una resurrección. Pedro estaba buscando la manera de confirmar que Cristo se levantó de entre los muertos y cumplió esa parte de la profecía. Obligó a su audiencia a enfrentar la aseveración de los testigos de que Jesús resucitó de entre los muertos. Un testigo es prueba de alta calidad. Cualquier tribunal auténtico aceptaría la prueba de un testigo, siempre y cuando no se encuentren contradicciones en su testimonio. Dios no sólo afirma la resurrección de Su Hijo en Su Palabra, sino que, también puso en ella el testimonio de testigos que, después de la resurrección de entre los muertos, lo vieron, lo tocaron, comieron con Él, y estudiaron con Él. ¿Quién podría

rechazar tal testimonio?

En quinto lugar, Pedro señaló la prueba del *descenso del Espíritu*. Esto fue lo que dijo: «Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hechos 2.33). Justo antes de la partida de Jesús al cielo, Él prometió que enviaría la promesa del Padre a los apóstoles (Lucas 24.46–49). La multitud había visto y oído los resultados del derramamiento del Espíritu Santo. Así que, tenían la confirmación milagrosa de que Jesús había ascendido a la diestra del Padre, que había recibido de Éste la promesa del Espíritu, y que había enviado el Espíritu sobre los apóstoles.

Estas cinco líneas de argumentación, estas cinco pruebas, establecen una conclusión innegable. Pedro enfocó la atención de la audiencia en esta conclusión, con la palabra «pues». Ya alguien dijo que cada vez que uno encuentre la palabra «pues», en el Nuevo Testamento, debe detenerse y preguntarse *para qué está allí*, ya que siempre está por alguna razón. Pedro dijo: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Sus milagros, Su resurrección de entre los muertos, Su cumplimiento de la profecía, el testimonio de los testigos, y el descenso del Espíritu, todos prueban que Jesús es Aquel que Dios prometió, el Cristo, y que Él es Señor.

¿Qué es lo que este capítulo de *La segunda más grande historia jamás contada* significa para nosotros? ¿No nos convence de que Cristo es el centro del cristianismo? Cuando uno prueba que Jesús es el Cristo, también prueba la credibilidad del cristianismo. Si Pedro no hubiera podido probar que Cristo es el Hijo de Dios que murió por nuestros pecados y que se levantó de entre los muertos, ¡el cristianismo hubiera muerto el

día de su nacimiento!

### **CAPÍTULO TRES: «EL PROFUNDO CLAMOR»**

El tercer capítulo de *La segunda más grande historia jamás contada* se titula: «El sentido clamor». De entre la audiencia de Pedro fueron muchos los que se conmovieron al escuchar su sermón. Remordiéndoles la conciencia, clamaron a Pedro y el resto de los apóstoles.

Esto fue lo que Lucas escribió: «Al oír esto se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hechos 2.37). La versión de la Biblia que se conoce como la King James dice que «se les había pinchado el corazón». Este «pinchazo» del corazón no es parecido al pinchazo de un dedo con una aguja, ni al pinchazo de una mano con una espina. Es una expresión que significa algo parecido al rompimiento del corazón, o a una flecha disparada para atravesar el corazón. Esta misma frase se usa en un contexto diferente, en Hechos 7.54: «Oyendo estas cosas se enfurecieron en sus corazones, y crujían los dientes contra él». En este incidente, los judíos reaccionaron con enojo en contra del sermón de Esteban. El corazón de ellos estaba sumergido en enojo; traspasado por el odio. Los judíos que respondieron al sermón de Pedro, no obstante, estaban abrumados por el arrepentimiento que sentían; estaban afligidos por la culpa.

Tal vez las personas que clamaron llegaron incluso a interrumpir el sermón de Pedro. Las interrupciones no son siempre deseadas, pero esta era una interrupción bendita al fin y al cabo. Una vez un evangelista estaba predicando, cuando un hombre interrumpió su sermón con la pregunta «¿Puedo ser bautizado en este momento?». El evangelista detuvo su predicación, miró directamente al hombre, y le dijo: «Mi sermón puede

esperar. Si desea ser bautizado, detendremos este sermón y le bautizaremos en Cristo. Luego regresaremos, y terminaré el sermón». Una interrupción como esta no sería considerada una intromisión, sino, una inspiración.

La pregunta de ellos estaba llena de emoción. No fue un desapasionado «¿Qué haremos?». La pregunta fue más como: «¿Hay algo, en el mundo que podamos hacer? Estamos en problemas. ¿Tenemos alguna esperanza?». La pregunta fue hecha con una solemnidad e intensidad características de una gran desesperación.

Échele una cuidadosa mirada a la pregunta de ellos: «Varones hermanos, ¿qué haremos?». Se estaban dirigiendo a sus iguales judíos, lo que explica el uso de la palabra «hermanos». Ésta tiene una connotación de nacionalidad, no de religión. La pregunta es una expresión de la interrogante más grande del mundo: «¿Qué debo hacer para ser salvo?». Se habían llegado a dar cuenta de que ante Dios estaban en una terrible condición. Habían participado en la crucifixión del Mesías, el Salvador que Dios había enviado al mundo. El sermón de Pedro había puesto el pecado de sus oyentes a los ojos ellos mismos, como si se los hubiera escrito con enormes letras (Hechos 2.23).

Usted debe haber tenido que hacer y responder muchas preguntas importantes en su vida, pero ¿ha hecho, y respondido según el Nuevo Testamento, la pregunta sobre lo que debe hacer para ser salvo? Hubo otros presentes el día de Pentecostés que debieron haber oído el sermón de Pedro, y que debieron haber sido testigos de los milagros de Pentecostés, y que, sin embargo, se fueron sin enfrentar su culpa ni hacer esta pregunta. El pecado en la vida de una persona es una tragedia, una tragedia tan grande que Cristo tuvo que venir a este mundo y tuvo que morir en una cruz para proveer expiación, (pago) por él. Pero hay una tragedia aún más grande. Cuando uno rehúsa enfrentar su culpa

delante de Dios y rehúsa buscar la solución que Dios ofrece, para esa culpa, uno experimenta la más grande de todas las tragedias.

#### **CAPÍTULO CUATRO: «LA INSPIRADA RESPUESTA»**

El capítulo cuatro de este libro, *La segunda más grande historia jamás contada*, se titula «La inspirada respuesta». Guiado por el Espíritu Santo, Pedro dio una clara respuesta a la pregunta de la compungida muchedumbre: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

Poco antes de Su ascensión, nuestro Señor dio lo que hemos llegado a llamar la gran comisión. Son tres versiones completas las que se dan de ésta en el Nuevo Testamento: Mateo 28.18–20; Marcos 16.15–16; y Lucas 24.46–47. Cada una tiene un énfasis diferente. La de Marcos 16.15–16, recalca la condición de la fe. La de Lucas 24.46–47, subraya el arrepentimiento y el perdón de pecados. La de Mateo 28.18–20, destaca el bautismo. Estas tres versiones indican que la salvación o la remisión de los pecados, mediante la gracia de Dios, había de ser ofrecida bajo las condiciones de la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Las palabras que se usan para expresar estas tres versiones de la gran comisión, no dejan duda alguna en el sentido de que así debe entenderse.

Las tres condiciones que se expresan en la gran comisión se reflejan en la respuesta que Pedro le dio a la pregunta que ellos le hicieron. La fe en Cristo había sido engendrada en el corazón de ellos mediante el sermón de Pedro, y esta fe los hizo clamar pidiendo ser instruidos. La respuesta de Pedro a la pregunta de los judíos, por lo tanto, menciona específicamente el arrepentimiento y el bautismo, las otras dos condiciones que indica la gran comisión. Esto fue lo que dijo:

«Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados [...]» (Hechos 2.38). Nótese en qué lugar colocó Pedro el perdón de los pecados, en su respuesta. No prometió que la salvación o el perdón de los pecados se produjera antes del bautismo, sino, después de él. Pedro estaba siendo guiado por el Espíritu Santo, y la respuesta que dio, fue la del Espíritu Santo, no la de él.

La respuesta que se le dio a los que clamaron es demasiado clara para ser malentendida. Para poder evadir la fuerza e impacto de esta respuesta, algunos líderes religiosos han dicho que la palabra «por», de Hechos 2.38, se traduce de una palabra del griego que no significa «con el propósito de», sino, «como resultado de». Que la palabra en griego *eis* se traduce fielmente por «para», o por «con el propósito de», es algo que se ve mediante la comparación de las muchas traducciones de la Biblia. Júntense todas y se descubrirá que traducen la palabra del griego *eis* ya sea por «para», o por «con el propósito de», o bien por alguna otra frase equivalente. Ninguna traduce esta palabra por «como resultado de». La respuesta de Pedro coloca claramente el perdón de los pecados después del bautismo. Que sea la respuesta de Dios a esta pregunta la que permanezca; y que no se le permita a nadie dar explicaciones que la modifiquen.

Alguien ha dicho que cada versículo del Nuevo Testamento tiene su gemelo. Esto es una exageración, pero algo de verdad hay en ello. Algunos versículos del Nuevo Testamento tienen gemelos, y cuando buscamos al gemelo vemos otra forma de decir la misma verdad. ¿Cuál será el gemelo de Hechos 2.38? Lo es Hechos 22.16. Saulo había venido de Damasco buscando la respuesta a su pregunta «¿Qué haré Señor?» (Hechos 22.10a). Era un creyente, condición a la cual llegó después de haber visto al Señor, haberle hablado y haber sido compungido por Éste. Su arrepentimiento lo reflejó en



la pregunta que le hizo al Señor. Había, incluso, reconocido la condición de Señor, de Cristo, tal como se manifiesta en su pregunta; pero se le dijo que fuera a Damasco para que supiera lo que debía hacer. Esperó en Damasco orando con actitud penitente durante tres días para recibir la respuesta a su pregunta. Ananías fue enviado a él con la respuesta. ¿Qué fue lo que le dijo? Se podría decir que la respuesta de éste es el versículo gemelo de Hechos 2.38. Esto fue lo que le dijo: «Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre». Si alguna duda queda de que el bautismo es para el perdón de los pecados, no hay razón para ello, ya que Hechos 22.16, despeja esta cuestión de una vez por todas.

Un joven que asistía a una universidad religiosa privada, dijo que su profesor de Biblia no creía que el bautismo era para el perdón de los pecados, y enseñaba esta doctrina en su clase. Alguien le preguntó: «¿Y qué ha hecho usted al respecto?». Él dijo: «Se lo pregunté a mi madre, y ella dijo que yo debía acercarme a él y pedirle que explicara Hechos 2.38. Así que eso hice. Abrí mi Biblia en donde está este versículo, me le acerqué después de la clase, y con todo respeto le pedí que lo explicara. Dijo que Hechos 2.38 realmente significa “como resultado de” el perdón de los pecados y no “para” perdón de los pecados. Fui a casa y mencioné lo que él me dijo a mi madre, y ésta dijo que yo debía volver al profesor y pedirle que explicara Hechos 22.16. Así lo hice. Me le acerqué después de la clase, con mi Biblia abierta en la página en que se encuentra este versículo, y con todo respeto le pedí que lo explicara. ¿Sabe lo que el profesor dijo? Respondió que él no trataría de explicar ese versículo, sino que sólo se lo saltaría y continuaría con el siguiente.» Hechos 22.16, no puede ser objeto de justificaciones para evadirlo. Debe ser aceptado o rechazado.

Pedro indicó que la respuesta que él dio a esta pregunta, provenía de Dios para la era cristiana, la era final de la historia humana. Esto fue lo que dijo: «Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hechos 2.39). La expresión «para vosotros [...] y [...] vuestros hijos» se refiere a los judíos que responderían al evangelio, y «para todos los que están lejos» debe de referirse, o incluir, a los gentiles que con el tiempo oirían, aceptarían y obedecerían el evangelio. La frase «para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» abarca a todos los judíos y gentiles que, en el futuro, aceptarían el evangelio y vendrían a Cristo. Si los gentiles no estaban incluidos en la frase «para todos los que están lejos», lo más seguro es que sí lo estén en la frase de Pedro que dice: «para cuantos [...]». Lo que Pedro anunció fue el plan que Dios tenía, no sólo para el día de Pentecostés, sino también para todos los días futuros de la era cristiana. Dio la respuesta de Dios, a la pregunta que dice: «¿Qué debo hacer para ser salvo?».

## CAPÍTULO CINCO:

### «LA MARAVILLOSA ACOGIDA»

El capítulo quinto del libro *La segunda historia más grande jamás contada* se titula «La maravillosa acogida». Lucas habla de la asombrosa aceptación de la primera prédica del mensaje del evangelio de salvación. Esto fue lo que dijo: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2.41).

No se nos dice por cuánto tiempo fue que Pedro y los otros apóstoles predicaron esa mañana. Esto fue lo que Lucas escribió: «Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación» (Hechos 2.40). Pedro no sólo los convenció con pruebas y argumentos; también los apremió con

testimonio y exhortación.

La audiencia que escuchaba, aceptó el mensaje de Pedro y actuó en respuesta a él. Este es el recuento que Lucas hace: «Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas» (Hechos 2.41). Estas personas no eran simplemente oidoras de la palabra; llegaron a ser hacedoras de ella (Santiago 1.25). No se conformaron con escucharla; decidieron vivirla. Cuán lamentable es que la mayoría de la gente no hacen más que escuchar los sermones. Entre la multitud que había escuchado a Pedro predicar, por lo menos había algunos, que no sólo estaban compungidos por su mensaje, sino que, también, al someter sus mentes y sus vidas a ese mensaje, fueron convertidos a Cristo.

Fueron tres mil los que, con alegría, recibieron la palabra, y se bautizaron. Para que una conversión pueda tener lugar, uno debe recibir la palabra de salvación con alegría. Una de las mayores razones por las que no se convierte más gente a Cristo, es que no reciben la Palabra en sus corazones con alegría. La Palabra siempre hará su obra si es recibida con alegría.

## **CAPÍTULO SEIS:**

### **«CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA»**

El capítulo seis de este libro se titula «Cumplimiento de una promesa». Lucas describe a los tres mil que fueron bautizados como la iglesia.

Los profetas habían anunciado que un singular reino de Dios estaba en camino (Daniel 2.44). Cuando Juan el Bautista preparaba el camino para la venida del Mesías, declaró que el reino de los cielos estaba cerca (Mateo 3.1–2). Durante Su ministerio, Cristo mismo, el Mesías enviado por Dios, hizo llamados al arrepentimiento porque el reino de los cielos estaba cerca (Mateo 4.17). Después de Su resurrección de entre los muertos, du-

rante los cuarenta días anteriores a Su ascensión, Cristo habló con los apóstoles y los discípulos acerca del reino que venía (Hechos 1.3). En las últimas palabras que dijo a Sus apóstoles, Cristo les ordenó que esperaran lo que el Padre había prometido (Hechos 1.4). Diez días después de Su ascensión, un domingo por la mañana, el momento largamente esperado, vino. Con el derramamiento del Espíritu Santo (Hechos 2.1–4), la primera prédica del evangelio después de la resurrección de Cristo (Hechos 2.14–36), y la acogida que le dieron a este mensaje tres mil personas, nació la iglesia. Los que fueron lavados en la sangre de Cristo al obedecer el evangelio, formaron la iglesia. Desde ese día hasta hoy, cada vez que alguien oye el evangelio y con alegría obedece a éste mediante el bautizarse en Cristo por su fe, el arrepentimiento y la confesión de que Jesús es el Hijo de Dios, es añadido a aquéllos (Hechos 2.47) —los primeros, los tres mil que vinieron a Cristo en el comienzo mismo, el día de Pentecostés.

Desde Pentecostés en adelante, se habla en Hechos de la iglesia como una realidad viviente y ya no como un promesa o profecía. Lucas dijo, al final de Hechos 2, lo siguiente: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2.47). Al final del segundo sermón de Pedro que se consigna en Hechos, esto fue lo que Lucas escribió: «Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil» (Hechos 4.4). Después de la muerte de Ananías y Safira (Hechos 5.1–10), esto fue lo que Lucas escribió: «Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas» (Hechos 5.11). Cuando cierta persecución dio comienzo a raíz de que Esteban fue apedreado (Hechos 6.8—7.60), esto fue lo que Lucas dijo: «En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo

los apóstoles» (Hechos 8.1). Así, según Lucas lo relata, la iglesia, el singular reino de Dios, había venido.

Se dice que un día, alguien se acercó a Marshall Keeble, un gran predicador del evangelio, y esta persona, señalando su corazón, dijo: «Hermano Keeble, me gusta sentirlo. Me gusta sentirlo aquí mismo». El hermano Keeble tenía la maravillosa habilidad de responder de manera inolvidable, cada vez que alguien lo ponía en aprietos. Señalando su Biblia, le dijo en respuesta a esta persona: «Pues, a mí me gusta leerlo. Me gusta leerlo aquí mismo». Los sentimientos, por supuesto, son importantes, pero no debemos permitir que ellos nos guíen. Solamente la Biblia, la Palabra de Dios, debería guiarnos. Cuando nuestros sentimientos se basan en una sincera acogida y obediencia a su Palabra, tendremos el genuino gozo del cual se habla en el Nuevo Testamento.

## CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final del libro *La segunda más grande historia jamás contada* y comenzamos a pensar acerca de lo que leímos. Empezamos a comprender que hemos pensado acerca de algo que es mucho más importante que cualquier otra cosa que aparece en los periódicos o en las noticias o televisión locales o nacionales. Prácticamente pudimos develar el pasado y, a través del inspirado libro de los Hechos, vimos el evento de mayor importancia histórica y trascendencia, después de la vida, muerte y resurrección de Jesús, en la historia del mundo. Fuimos testigos del comienzo mismo de la iglesia, el singular y largamente esperado reino de Dios. Con este evento, hemos presenciado la entrada de la historia en su era final, la era cristiana o de «los días postreros».

Habrá otro libro que le sigue en importancia a éste que recién leímos. Le podríamos llamar *La tercera parte de la más grande historia jamás contada*. Ésta será la historia

de su conversión a Cristo, la historia de cuando usted llegue a ser parte de la iglesia que Cristo edificó. Por supuesto, sería diferente para cada uno de nosotros. Para muchos, podría ser escrita fácilmente, pero para otros no podría del todo escribirse porque, sencillamente, no ha ocurrido. ¿Cuál será el caso suyo? ¿Ha ocurrido la historia? ¿Ha llegado usted a ser un cristiano neotestamentario?

Si no lo es, ya sabe cómo llegar a serlo. Mediante el recibir con alegría la palabra del evangelio y mediante su obediencia a éste, usted puede nacer dentro del reino de Dios, el mismo reino de los cielos que hemos visto en Hechos 2.

### **PREGUNTAS DE ESTUDIO**

*(respuestas en la página 264)*

1. ¿En qué sentido podemos decir que el establecimiento de la iglesia es la secuela de la más grande historia jamás contada?
2. ¿Qué pruebas puede dar usted de que sólo los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo en Pentecostés?
3. Comente acerca de los propósitos que tuvo Dios para que los apóstoles fueran bautizados con El Espíritu Santo.
4. ¿Qué significa hoy día para nosotros el bautismo de los apóstoles en el Espíritu Santo?
5. Comente acerca de las pruebas de la deidad de Cristo, que Pedro presentó en su sermón.
6. ¿Cuán vital es la resurrección de Cristo dentro del plan de Dios para la redención? ¿Si Cristo no hubiera resucitado de entre los muertos, podríamos decir de Él, que es en algún sentido el Hijo divino de Dios?
7. ¿Puede usted imaginar peor tragedia que la de estar en pecado?
8. Explique los diferentes énfasis que los tres relatos de la gran comisión les dan a las condiciones para la salvación (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15–16; Lucas 24.46–47).
9. Comente la manera como Hechos 22.16, sustenta lo que dice Hechos 2.38.